

Eduardo Conesa

para El Cronista

Secretos de la transformación económica

Con motivo de la alta desocupación y su secuela de malestar social, que se pone de manifiesto actualmente en cortes de rutas, carpas docentes y otros disturbios en la vía pública comienzan a oírse voces que se apresuran a proclamar el fracaso de las reformas económicas en nuestro país. Desde el libro, la cátedra universitaria y artículos periodísticos he sido uno de los primeros en criticar el modelo. Pero no por la liberalización de la economía, sino por el erróneo set de precios relativos establecido arbitrariamente por Cavallo en 1991 y vigente hasta el momento presente. El fuerte crecimiento de la deuda externa —la que se ha duplicado en los últimos seis años— y el alto desempleo —que se ha triplicado en ese lapso— confirman que algo grave está equivocado con el modelo.

En realidad están operando los dos grandes defectos técnicos iniciales de las reformas económicas. No se trata de un fracaso de la libertad económica. No apresurarse a generalizar. Me explico. Al terminar la Segunda Guerra Mundial y luego de la derrota del nazismo, los Estados Unidos y la Unión Soviética entraron en una feroz puja por la hegemonía mundial. La existencia del arma nuclear determinó que esa competencia no pudiera dirimirse por la vía de la tercera guerra mundial, porque ello hubiera significado la destrucción de la humanidad entera. Debía dirimirse entonces en el terreno económico y del bienestar. ¿Cuál de los dos sistemas económicos era el más apto para generar bienestar y pleno empleo para todos, el capitalismo propuesto por los Estados Unidos, o el socialismo propiciado por la Unión Soviética? En este empeño por mostrar cuál de los sistemas económicos era el mejor, las circunstancias históricas permitieron realizar un primer experimento de laboratorio, allá por 1950. El capitalismo de Alemania del oeste contra el socialismo de Alemania del este. Eran dos naciones con la misma raza, cultura, tradiciones religiosas, costumbres y, sobre todo, con el mismo nivel de capital humano, es decir con un similar nivel de conocimientos científicos aplicables a la producción. La única diferencia radicaba en el sistema económico en vigencia. Para asegurar la victoria capitalista, Alemania occidental inició su reforma económica en el decenio de los cincuenta y

con un tipo de cambio real y nominal altísimo de 4.2 marcos por dólar, acompañado de equilibrio fiscal, y lo mantuvo por más de veinte años, hasta 1971. Se superaba así la experiencia calamitosa del viejo capitalismo alemán de la República de Weimar, con sus precios relativos erróneos establecidos en 1923. Esta experiencia, por sus contradicciones internas, llevó a la victoria electoral del nacional-socialismo en 1932 con el apoyo de los desocupados, cuyo número se mantenía elevado por culpa del mismo tipo de cambio sobrevaluado. Por ello, recordando la experiencia histórica anterior, en la transformación iniciada en 1950 se estableció que los sectores productores de bienes transables internacionalmente, principalmente la industria manufacturera, lideraran inicialmente el desarrollo.

Una demostración parecida a las bondades del capitalismo se probó en Japón entre 1950 y 1971 con iguales o mejores resultados aun. Es que Japón limitaba con la Unión Soviética y tenía un equivalente valor estratégico en esta puja de los sistemas económicos.

Sin embargo, era necesario hacer otras demostraciones, esta vez con países en desarrollo, y volver a probar palmariamente la superioridad del capitalismo. Era necesario hacerlo con países de valor estratégico en la guerra fría. China nacionalista, conocida con el nombre de Taiwán, y Corea del Sur eran los países ideales, puesto que podrían luego compararse con los socialistas de China continental y de Corea del Norte respectivamente. Fue así que el jefe de Estado de Taiwán, Chang Kai Shek, inició el despegue de su país en 1958 con un cambio en los precios relativos del 100% a favor de los transables y un sistema de meritocracia en la función pública que indujo fuertemente

la formación de capital humano, al movilizar a toda la educación pública en pos de la excelencia. Además, la exigencia de la calidad en los nombramientos de la administración pública puso un gran freno al crecimiento del gasto público y contribuyó así al equilibrio en las cuentas fiscales. Por su parte, el presidente de Corea del Sur, Park Chung Hee, hizo lo propio en 1961. En ambos países los resultados fueron espectaculares. En Corea del Sur, por ejemplo, las exportaciones crecieron desde un nivel de 33 millones de dólares solamente en 1960, hasta un nivel de 80.000 millones de dólares en la actualidad. En treinta años el salario real se multiplicó por diez veces, todo ello con pleno empleo.

Pero no termina aquí la historia. En los comienzos del decenio de los setenta, Vietnam del Norte tuvo el atrevimiento de infligir una derrota militar a los Estados Unidos. La venganza fue terrible. Los dos secretos del desarrollo capitalista, es decir, el tipo de cambio real alto y la meritocracia en la administración pública, para favorecer la acumulación de capital humano acompañada de equilibrio fiscal, llegaron ambos a oídos de los gobernantes de Malasia, Singapur, Tailandia e Indonesia. Entonces el Vietnam socialista pudo ver como perdía la batalla del desarrollo económico frente a sus vecinos capitalistas, que pasaron a ser los verdaderos tigres del Asia desde los setenta hasta ahora, aunque Tailandia parece flaquear últimamente. No obstante su proeza militar, Vietnam se ve hoy relativamen-

te empobrecido y humillado en lo económico, como un simple gato. Incluso se dio un caso interesante con Chile, país que luego de nuestro atrevimiento malvinense, en 1983, devaluó en términos reales, acompañando con sanidad fiscal y un Estado de mérito. No es de extrañar que nuestro vecino allende los Andes sea hoy considerado también como un tigre asiático, con un crecimiento del PBI del 7%, promedio anual desde esa fecha hasta el presente. Además este crecimiento generó empleos en abundancia. Hoy la tasa de desempleo en Chile está por debajo del 5%.

Más de uno objetará mi teoría sostenida en varios libros y extraída de mis años de experiencia en Washington, Pennsylvania y Massachusetts y preguntará: ¿si es tan fácil, por qué no hay más países que siguieron estas recetas? La respuesta consiste en que no es nada fácil establecer la meritocracia en los nombramientos del Estado, inductora del equilibrio fiscal

Si unos países tienen el tipo de cambio real alto, es porque otros lo tienen que tener, necesariamente, bajo.

y de la capitalización humana. Y de la disminución drástica de la corrupción. Además, en realidad, es matemáticamente imposible para todos los países devaluar en términos reales al mismo tiempo. Si unos países tienen el tipo de cambio real alto, es porque otros lo tienen que tener, necesariamente, bajo. Estas recetas, que son las únicas para un rápido desarrollo capitalista, son necesariamente de aplicación selectiva. Es lamentable que nuestras autoridades no se hayan percatado de estos secretos del desarrollo cuando, en 1991, lanzaron el plan de convertibilidad, el que tuvo, sin duda, algunos logros muy positivos como la estabilidad de precios. Pero no es suficiente con la mera estabilidad. Hoy, en 1997, estamos pagando las consecuencias de los dos grandes errores iniciales de la transformación iniciada en los noventa: por una parte el atraso cambiario causante de la implicación del desempleo y de la duplicación de la deuda externa, y por otra parte, el sistema de Estado clientelista, causante de la corrupción. Cuando más tardemos en corregir esas dos deficiencias, mayor será el riesgo de un fracaso completo del experimento transformador. ♦

EDUARDO CONESA es economista.

Copyright El Cronista



ILUSTRACIÓN DE PERRONE

Las opiniones vertidas en esta sección, no necesariamente reflejan la opinión editorial de El Cronista.